

FABIO MORÁBITO

LA SOMBRA DEL MAMUT



Morábito, Fabio

La sombra del mamut / Fabio Morábito. - 1a ed.
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa,
236 p. ; 22,5 x 14 cm. 2023.

ISBN 978-987-628-711-1

1. Cuentos. I. Título.
CDD 863

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina: septiembre de 2023

© Fabio Morábito, 2022
c/o Agencia Litteraria CBQ SL
© de la presente edición Edhasa, 2023

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2° piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-711-1

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Oportunidades S.A.

Impreso en Argentina

Esta edición de 1.500 ejemplares de *La sombra del mamut*, de Fabio Morábito, se terminó de imprimir en Oportunidades S.A., en agosto de 2023

Índice

El clavo en la pared	9
El Gran Camino Volado	17
La llegada a la Luna.....	25
Artemisa y el ciervo	33
La hierba de los aeropuertos.....	45
Danzón	51
El animador.....	59
Extras	71
El asesino entre gladiolos.....	79
A la hora de la basura.....	89
Paso de fauna.....	97
Albercas y elevadores	105
La tristeza de traducir.....	111
Persecución	125
Cartas a la reina	131
La invasión de los bárbaros	145
Dédalo bajo Berlín.....	155
El carnero del rey.....	167
La hondonada.....	173
Nora, Rómulo, Martín.....	183
La pelota en el agua	191
Fray Ruperto	207
El túnel del Mont Blanc.....	217
La sombra del mamut.....	221

El clavo en la pared

Era domingo. Mónica quería colgar un cuadro en la pared, una pequeña reproducción de Walter Lazzaro, y yo no quería. La pared no era en realidad una pared, sino una de las cuatro columnas cuadradas que delimitan el perímetro de la sala. Es una columna estrecha, pero de anchura suficiente para colgar en ella un pequeño cuadro. En un principio yo había estado de acuerdo, fui por el martillo y hundí un clavo en el punto donde los dos consideramos que debía colgarse. El cuadro de Lazzaro nos gustaba mucho: una lancha de pescadores abandonada en la arena de la playa, donde no se veía otra cosa que la lancha y la extensión turquesa del mar. En eso, tocaron a la puerta. Mónica fue a abrir. Era una vecina del edificio y ella y Mónica empezaron a hablar acerca de un problema que había con las cuotas de mantenimiento. Yo me acordé de un programa que no quería perderme, encendí la tele y me senté a verlo. Mónica tuvo que bajar con la vecina para hablar con el encargado de cobrar las cuotas, y el cuadro de Lazzaro quedó momentáneamente olvidado sobre una de las sillas del comedor. Desde mi lugar tenía la columna enfrente de mí, justo atrás de la tele, y me fijé en el clavo. Me llamó la atención porque estaba justo donde tenía que estar, en medio de la columna. Sin recurrir a la cinta de medir, a puro golpe de ojo, habíamos

dado con su centro, no solamente en relación con lo ancho, sino también con la altura. Bueno, esto no es del todo exacto. El clavo se encontraba en la parte superior de la columna, en esa franja más próxima al techo en donde se suelen colgar los cuadros. Sin embargo, en relación con toda la columna, era como si fuera su verdadero centro, mejor dicho su corazón, y eso tenía algo de mágico. Era, por decirlo así, el punto ideal para un cuadro, tan ideal que ya no hacía falta colgar nada. El clavo sustituía con creces cualquier cuadro.

Cuando Mónica regresó, al ver el cuadro de Lazzaro sobre la silla me preguntó por qué no lo había colgado y yo le pedí que se sentara junto a mí. Agarré su mano. Mónica siempre tiene las manos frías, parece que es algo hereditario, y cuando estuvo sentada le dije que mirara el clavo.

—¿Qué tiene? —preguntó.

—¿No lo ves? Es perfecto —le dije.

—¿De qué hablas?

—Del clavo.

Se rio.

—Qué estúpido eres —dijo levantándose.

—No es broma —le dije—. Nunca habíamos puesto un clavo tan bien y el cuadro lo va a echar a perder.

Comprendió que hablaba en serio.

—¿Qué tonterías estás diciendo?

—Es que no lo miraste bien. Dimos con el mejor punto de la columna. No hace falta poner nada más. Se ve hermoso.

No me hizo caso y agarró el cuadro de Lazzaro para colgarlo.

—¡No! —grité, arrancándoselo de las manos.

Mónica me miró como si le hubiera dado una cachetada.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco?

Pensé que, si lo colgaba, todo se iría al carajo. Una vez que lo tapara un cuadro el clavo perdería su poder, por así decirlo. Eso traté de explicarle, pero ella me miró de esa manera que me revuelve las vísceras:

—¡Si no quieres colgar el cuadro, entonces me vas a quitar este pinche clavo de la pared! —y se fue a encerrar en la cocina. Yo, que me había levantado, volví a sentarme, dejando el cuadro donde estaba.

Era domingo, como dije. El peor día para pelearse. Más tarde hice un intento de reconciliación cuando le pregunté si quería un tequila. Los sábados y domingos Mónica y yo nos tomamos un tequila antes de la comida. Me contestó que no. Me serví el mío y volví a plantarme frente a la tele, dejando el cuadrito de Lazzaro sobre la silla.

Miraba a cada rato el clavo y cada vez que lo miraba, sentía con toda claridad que no debíamos colgar nada; que el clavo era el cuadro. No molestaba a nadie, era sólo un punto negro sobre la columna y producía una sensación de equidad, de trascendencia y de orden. Algo parecido a un altar. Un altar laico, sin crucifijos ni estampas devotas. Una conexión con el cosmos. Toda casa debe tener eso, una conexión con el cosmos, alguna salida de sus muros, los muros que te protegen, sí, pero también te asfixian.

Fue un domingo difícil. Cuando fui a acostarme estaba agotado por el esfuerzo de cruzarme lo menos posible con Mónica en el reducido espacio de nuestro departamento.

Al otro día, cuando salió rumbo a la oficina, nos despedimos con un saludo tibio, una señal menos de reconciliación que de cansancio por habernos eludido sistemáticamente durante el día anterior.

Paulina llegó a la hora de costumbre. Empezó a sacar el polvo con el trapo y le dije que quería enseñarle algo, le mostré el

clavo y le dije que por ninguna razón fuera a quitarlo. Paulina es una mujer brusca y a veces le da por tirar cosas que considera inservibles.

—Claro que no, señor. ¿Va a colgar un cuadro?

—No, voy a dejar el puro clavo, por eso te pedí que lo vieras, para que no se te ocurra quitarlo.

—¿Quiere que le pase el trapo? —y levantó la mano para limpiarlo.

—No, no, déjalo como está.

Me arrepentí de habérselo mostrado. Ahora el clavo se había convertido para ella en algo importante, algo que debía tratar con suma cautela, como mis libros, y yo lo que menos quería era rodear ese rincón de la casa de un halo especial.

Esa noche y las siguientes, cuando me sentaba con Mónica a ver la tele, no podía dejar de mirar el clavo de reajo, procurando que ella no se diera cuenta, porque de seguro se enfadaría. En efecto, se dio cuenta.

—¿Tienes que mirarlo todo el tiempo? —me dijo.

—¿Qué cosa?

—Ya sabes qué.

—¿Te molesta?

—Sí. Al menos cuando estás conmigo, podrías dejar de verlo.

—Si tuviera colgado el cuadro de Lazzaro no te molestaría que lo mirara.

—Porque un cuadro es un cuadro y está hecho para que lo miren, pero ¿a quién se le ocurre mirar un clavo?

—A mí me gusta.

—¡Pues a mí me disgusta! —exclamó—. ¿Crees que es divertido estar sentada frente a la tele mientras tú miras un clavo en la pared?

—Si lo mirara todo el tiempo estoy de acuerdo, pero sólo lo miro de vez en cuando. ¿Ahora vas a controlar mis miradas?

Tiró al suelo el tejido que tenía en las manos y me miró con rabia.

—Está bien, ya que te gustan los clavos, te voy a dar gusto —se paró, caminó hasta la pared del fondo y empezó a quitar los cuadros uno por uno.

—¿Qué haces?

—Lo estás viendo, quito los cuadros para que te des un festín de clavos.

—Mónica —dije, tratando de no levantar la voz—, no hagas estupideces.

No me contestó. Fue descolgando los cuadros de la pared, hizo lo mismo con la pared de junto y terminó de descolgar todos los cuadros de la sala.

—Ahí está —dijo—, ahora puedes agasajarte a gusto.

Mónica y yo dormimos en cuartos separados porque no soporta mis ronquidos. Apagué la tele, me levanté del sillón y fui a mi cuarto. Me puse a leer, pero estaba pendiente de sus movimientos. Un rato después escuché que prendía de nuevo la tele. Continué leyendo hasta que me quedé dormido.

Al otro día, después de despertar, fui a la cocina a prepararme un café. Los cuadros estaban en el suelo de la sala, apoyados contra una de las paredes, y en los muros se veía la marca de cada uno.

Con el malabarismo propio de las parejas que llevan años peleándose, logramos evitar el menor contacto hasta que ella salió rumbo a su trabajo. Mis horarios son más flexibles que los suyos, así que me toca a mí aguardar la llegada de Paulina. Mónica había dejado en la cocina un recado para ella en el cual le pedía que dedicara toda la mañana a quitar de las paredes de la sala las marcas dejadas por los cuadros.

Paulina se aplicó a la tarea en seguida. Estaba preparándome para salir cuando me llamó para preguntarme si también tenía que limpiar donde estaba el clavo de la columna.